

Seguvia ó Setubia ó Secubia.	{ Sin correspondencia; pero próximo á Numancia por el orden que ocupa en las tablas de Ptolomeo.
Nertóbriga.	{ De correspondencia dudosa: pueblo de Ricla según unos; Calatorao según otros en la provincia de Zaragoza; pueblo de Valdenebro en nuestra provincia de Soria según muchos.
Segeda.	{ De correspondencia dudosa: hay varias del mismo nombre: la que cita Apiano en su historia estaba, por lo que cuenta, muy cerca de Numancia; Mariana dice solo que estaba entre Osma y Soria; Loperráez la coloca en las faldas de las Sierras distercias cerca de Canales, fuera de la provincia, junto al Santuario de Nuestra Señora de Valvanera.
Lamni.	Langa, por la semejanza del nombre.
Occile ú Ocili.	Villa de Medinaceli.
Assinia.	{ Sin correspondencia; pero muy próximo á Numancia según las historias. Uxama según Loperráez.
Lutia.	{ De correspondencia dudosa: cerca de Numancia según las historias; población opulenta que distaba 300 estadios de Numancia según Ortelio; Cantalucia según Saavedra; Pedraza, cerca de Soria según otros; y tal vez Lubia, tres leguas al S. de Numancia por sus ruinas.
Velia.	Sin correspondencia, pero próximo á Numancia.
Erga.	Sin correspondencia, pero también cerca de Numancia (1).
Arcobriga.	Arcos de Medinaceli; hay otra en la Lusitania igual.
Bara ó Barao.	Barahona por la semejanza de los nombres.
Alauva ú Olova.	Villa de Ólvega por las monedas halladas muy cerca.

IV

En paz, tal vez interrumpida por frecuentes contiendas de vecinos, dada la independencia absoluta de sus ciudades, vivían los Celtíberos en la prosperidad y en las riquezas, á juzgar por

(1) Esta población y la anterior son de descubrimiento moderno: ningún geógrafo ni historiador hace mención de ellas, pero se han hallado sus nombres en una chapa procedente de Numancia encontrada en Luzaga.

sus numerosas ciudades, las mismas que hoy figuran como poblaciones principales, cuando vinieron los romanos á turbar su tranquilidad y su reposo. Roma, una vez emprendida la conquista de España, adoptó el plan de que todo pretor ó cónsul, no bien llegado á la Península, continuara la empresa á partir desde el punto en que su antecesor la hubiera dejado. Marco Catón fué de los pretores el primero que avanzó hasta Numancia, no sabemos si en paz ó en guerra, acaso fuera en paz con cualquier pretexto para hacer disimuladamente un reconocimiento del terreno; pero de éste debió sin duda resultar que no era aún tiempo de acometer, porque hasta diez y seis años después (176) no se tiene noticia de que los romanos volvieran á intentar acometida alguna. Sempronio Graco ya se atrevió á atacar á los Celtíberos, penetrando en nuestra provincia por la cuenca del Kéiles; pero en las faldas del monte Cauno, hoy Moncayo, los españoles le salieron al encuentro y le presentaron la batalla. El combate duró desde el amanecer hasta el mediodía sin que vencieran unos ni otros, con lo cual el pretor comprendió que los Celtíberos no podían ser sometidos por la fuerza, y adoptando la política de atracción, entabló con ellos amistades y tratos. Sin duda que también los Celtíberos conocieron la superioridad del enemigo, pues se comprometieron á no fortificar sus poblaciones y á dar un contingente de tropas á la República, cuando le necesitara para acometer á las ciudades enemigas. Hecho esto engrandeció la ciudad de Ilurcis (1), cambiándole su nombre por el de Gracurris y desde aquí entabló con los Numantinos, gente más temida aún, tratos muy parecidos aunque no tan ventajosos. Pasados veinte años, la ciudad de Segeda había crecido tanto en vecindario, que tuvo necesidad de ensanchar sus murallas, y Roma protestó, alegando que con esto se violaban los tratados de Graco. En vano replicaron los de Segeda que, á su

(1) Hasta ahora se había creído que esta Ilurcis era la moderna villa de Agreda, pero Saavedra y Delgado han demostrado que lo fueron Corella ó Grávalos.

modo de entender, por tales tratados sólo se prohibía levantar nuevos muros mas no recomponer ni ensanchar los ya existentes. El Senado mandó á Fulvio Nobilior con treinta mil hombres para hacer cumplir lo mandado. Derrotados los Segedanos en el primer combate, por cometer la imprudencia de perseguir al enemigo sin orden, cuando ya lo tenían puesto en fuga, tuvieron que buscar su salvación refugiándose en Numancia, ciudad próxima y hermana (1). Aquí se prepararon unos y otros para atacar de nuevo, eligiendo tres caudillos, unos de ellos Numantino y los otros dos Segedanos (2). Cuando iban ya en camino, se presentó Fulvio Nobilior con un refuerzo de caballos númerados y diez y seis elefantes, que había remitido de Africa el rey Masinisa, aliado de la República: los Numantinos asombrados de aquellos animales, se retiraron precipitadamente á la ciudad; mas una piedra enorme con que acertaron á herir en la trompa á uno de ellos, lo enfureció de tal manera que comenzó á dar bramidos; alborotándose con esto tanto los demás, que todos embistieron con sus trompas á los romanos mismos, convirtiéndose la victoria en espantosa derrota. Para reponerse de las pérdidas (3), pidió Fulvio Nobilior á las ciudades vecinas el contingente de tropas que debían dar, según los tratados de Graco, y atacó á Axinia, ciudad de mercado, con el fin de apoderarse de sus almacenes, mas aquí también fué completamente derrotado. Los de Ocile, al ver esto, de amigos que eran se hicieron enemigos, pasándose al partido de Numancia con lo que Fulvio Nobilior no se atrevió ya á entrar en ninguna población, temiendo que tras de aquella se sublevasen todas. En un clima tan crudo como el de Soria es imposible pasar las noches á campo raso; así Fulvio Nobilior perdió muchos soldados por el rigor del frío

(1) Así debía ser, porque los Segedanos se trasladaron allí desde el sitio del combate en una noche.

(2) Estos caudillos nombrados en Numancia eran Arahatón, Liencoón y Linteón.

(3) Cuatro mil hombres y tres elefantes.

y la escasez de víveres. Llegada á Roma la noticia de estos apuros, mandó el Senado á Marcelo, el fundador de Córdoba, quien recogió la gente, salvando una emboscada que le tenían preparada los Numantinos. Lo primero que hizo fué dirigirse á Ocile para castigar su infidelidad; mas como éstos se entregaran á discreción, el cónsul los perdonó generosamente, agradecidos á lo cual, los de Ocile levantáronle un arco de triunfo que aún se abre hoy á la entrada de Medinaceli. Con prudencia y con maña reanudó Marcelo las relaciones con Numancia y sometió á los Tithios y los Velos, dejándolos en las mismas condiciones que estaban por los tratados de Graco. En esto trasladóse la guerra de la España Citerior á la Lusitania donde, por parte de los españoles, sostuvo el honor de las armas el célebre Viriato, encendiéndose después la más terrible de todas, que fué la de Numancia.

El Senado Romano, á quien las suaves condiciones impuestas por Marcelo á los Tithios y á los Velos no habían satisfecho, envió al cónsul Metelo para exigir la sumisión de todos. El Cónsul acometió con tanta furia que todos se entregaron, excepto las ciudades de Numancia y Termancia que permanecieron firmes: los de Segeda, temiendo la venganza del enemigo, por haber mandado auxilios á Viriato, se refugiaron en Numancia, como en otra ocasión.

Aquí empieza la guerra de Numancia. Quinto Pompeyo se presentó delante de la ciudad con veinte mil hombres y quinientos caballos, exigiendo lo primero la entrega de los Segedanos; Numancia se negó á ello si antes no se les daba palabra de concederles el perdón; el orgulloso Cónsul contestó replicando que si los Numantinos querían amistad con Roma, empezaran por entregar ellos mismos las armas, con lo cual, irritados los Numantinos, se prepararon para la defensa. Con el sistema de las escaramuzas hicieron los Numantinos tantos destrozos en el ejército romano, que Pompeyo, desconfiando de conseguir su objeto, levantó su campamento y se dirigió contra Termancia

como empresa más fácil. Tres derrotas en un día, la pérdida de un tribuno con seiscientos hombres que mandaba y la de toda la caballería, pudieron convencer á Quinto Pompeyo de que la gente de Termancia no era menos aguerrida que la de Numancia (1). Aburrido, y temiendo la vergüenza que sufriría en Roma al dar cuenta de su mando, celebró dos tratados con Numancia; uno público para presentarlo al Senado con condiciones honrosas para Roma, y otro secreto con condiciones favorables para Numancia, que sería el valedero.

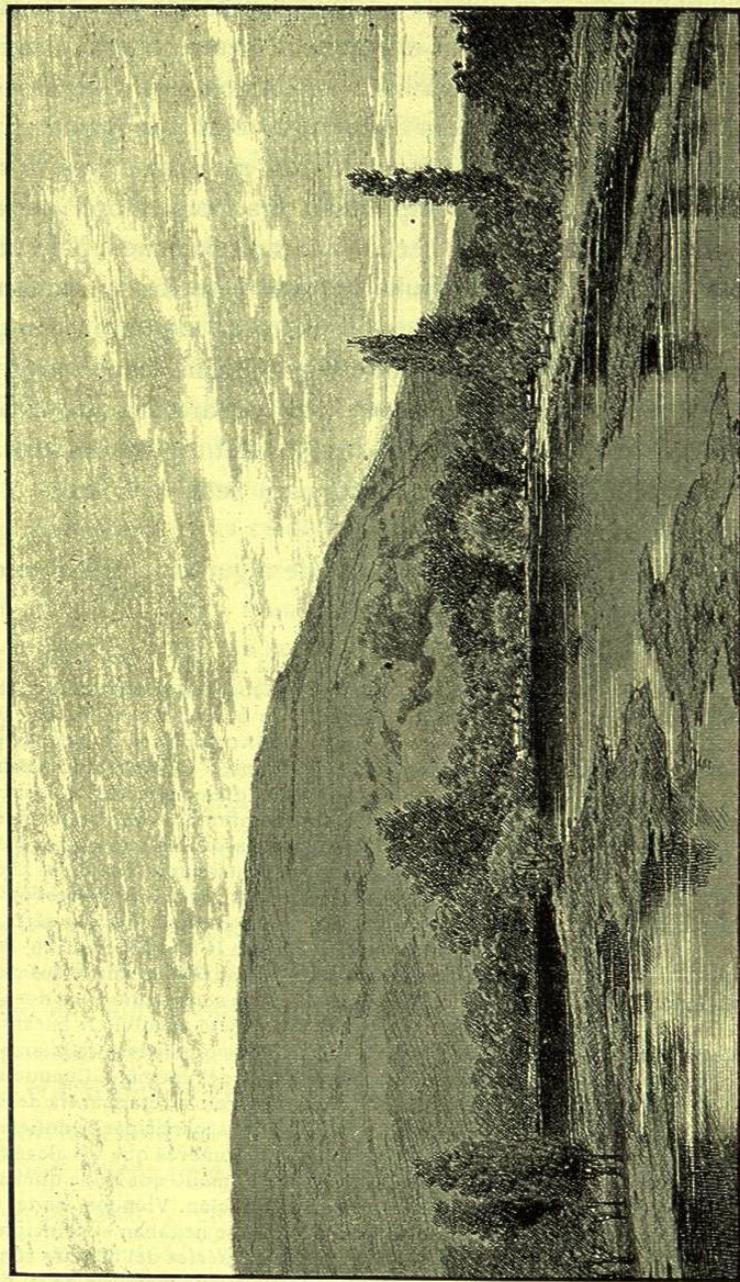
Ignorando todo esto, exigió Popilio Lenas, sucesor de Quinto Pompeyo, el cumplimiento del tratado público; pero los Numantinos le enseñaron el que tenían secreto, á lo que Popilio no replicó, sin duda por exceso de respeto; y á la campaña siguiente se presentó Mancino, para deshacer el engaño.

Con muy malos auspicios vino Mancino á España; el número de los prodigios que se vieron en Roma, antes y después de la campaña (2), igualó al de sus infortunios, que fueron: una aciaga batalla, una capitulación deshonrosa, y su desdichada entrega á los Numantinos. Los romanos pasaron aquí segunda vez por las horcas caudinas: Mancino, derrotado, capituló en condiciones humillantes para Roma á trueque de salvar su ejército

(1) Segunda vez probó el Cónsul fortuna dirigiéndose á Numancia, intentando variar el curso del río, empresa difícil que honraría hoy á nuestros ingenieros, pero los Numantinos acudieron presurosos á las armas é impidieron las obras.

(2) Al ofrecer, como era costumbre antes de partir á la guerra, un sacrificio y consultar los Hados por medio de unos pollos en Lanuvio, éstos se escaparon sin que volvieran á aparecer, señal de mal agüero; al salir del puerto de Hércules se oyó, sin que ninguno la pronunciara, una voz que decía:— Quédate, Mancino— y marchando atrevido hacia Génova, vió al entrar allí en un esquife una culebra de extraordinaria magnitud. Llegada que fué á Roma la noticia de la derrota de este Cónsul, el pueblo impresionable, aficionado á lo maravilloso, creyó haber visto al tiempo que ocurría esto en España, brotar sangre del suelo en la Grecostrasis y en la plaza de los Comicios, crecer más de mil pasos al rededor la extensión del lago Ficino, nacer con cinco pies un potro en el monte Esquilino, y caer por aquellos días, multitud extraordinaria de rayos y centellas, fenómenos que anunciaban aquellos infortunios.

SORIA



VISTA PANORÁMICA DEL CERRO DE NUMANCIA DESDE EL PUENTE DE GARRAY

y la vida (1); mas Roma halló un buen medio de poner á salvo su honra, cual fué el ordenar á Fulvio que entregase á Mancino, desnudo de toda vestidura, á los Numantinos para que hicieran de él lo que quisiesen. Un día entero estuvo el desgraciado Cónsul al pie de la muralla: los Numantinos replicaron que la manera de salvar Roma su compromiso era poniendo el ejército en el sitio donde se habían hecho las capitulaciones. No entendió estas razones el cónsul Fulvio y visto que los Numantinos, noblemente indignados, ni aun siquiera se dignaron mirar á Mancino, lo recogió diciendo: que Roma había cumplido y por lo tanto que continuaba la guerra. Tan cobarde como pérfido, Fulvio no se atrevió á provocar á los Numantinos, y terminada la campaña, nombró el Senado Cónsul para venir á España á Escipión el Africano.

Sólo salió Escipión acompañado de algunos amigos, que ni

(1) Apenas llegó á España Mancino, empezaron á cumplirse los hados: desde el primer momento los Numantinos le derrotaron cuantas veces vinieron á las manos, con lo cual su desconcierto iba cada día en aumento; cundió en esto la noticia de que los Cántabros venían en auxilio de los Numantinos, y aterrado pasó toda una noche con los fuegos apagados, levantó antes de amanecer el campamento y emprendió la retirada. Era este á la sazón el día en que los Numantinos encerrados en sus murallas daban treguas á sus escaramuzas para entregarse al regocijo de una fiesta que pudiéramos llamar la feria de las mozas. Los padres de familia daban con toda solemnidad sus hijas en matrimonio haciendo la elección si los había entre los diversos pretendientes. Dos gallardos mancebos retirados al pie de la muralla disputaban entre sí sobre cuál de los dos sería más digno de la mano de una joven hermosa; esta joven era la hija del caudillo Megara, que no obstante la fiesta, vigilaba dando vuelta á la muralla mientras los demás se entregaban confiados al regocijo. En esta imaginaria sorprendió á los dos jóvenes y se enteró del asunto objeto de su disputa. En el acto resolvió la cuestión el bravo Megara ofreciendo su hija al primero de los dos que le trajera la mano de un romano; los dos jóvenes salieron á porfía en busca del enemigo. Cuando estaban ya fuera de las puertas de la Ciudad, alcanzaron á ver la retaguardia del ejército que marchaba en huida, por lo cual se volvieron á participar la noticia. Inmediatamente salieron en su persecución cuatro mil hombres que los alcanzaron en un desfiladero ó lugar escabroso y sin salida, de tal modo que no le quedaba á Mancino otro remedio que morir ó entregarse á discreción. Viéndose en tal apuro, pidió Mancino treguas ofreciendo la paz, á lo que se negaban al principio los Numantinos; pero la buena suerte quiso que entre los jefes del ejército romano fuera el joven Tiberio Graco, á cuya instancia y por la buena memoria de su padre Sempronio, accedieron los Numantinos, aceptando una capitulación con condiciones humillantes para la República.

aun tropas de refuerzo pudieron dársele porque nadie quería alistarse para la guerra de Numancia, monstruo feroz que devoraba los hijos de la República. Al llegar, encontró que el ejército corrompido y afeminado no servía para el objeto; mas él, restableciendo con rigor la disciplina, lo puso en condiciones de emprender el ataque; no quiso, sin embargo, acometer hasta ver la manera que tenían de pelear los Numantinos, y persuadido en una escaramuza ó emboscada en que le hicieron caer, de que no era posible vencer al enemigo en campo abierto, resolvió poner sitio á la ciudad, circunvalándola del todo y esperar que por el hambre se rindiese. Para ello hizo que las ciudades aliadas dieran el contingente de tropas á que estaban obligadas según los tratados, colocándolas para mayor seguridad intercaladas entre sus soldados, y con esto, á lo que se agregó un refuerzo considerable de caballos, elefantes y ballesteros que le vinieron de Africa, mandados por el célebre Yugurta, rodeó la población por todos lados, impidiendo la salida á los Numantinos hasta por el río, cuya corriente interceptó con ingeniosos aparatos.

De este modo tan solo podían ser vencidos los valientes Numantinos: en esta situación, Retógenes y ocho compañeros, de noche, sin ser vistos ni oídos, con un puente plegado, llegaron á la línea de circunvalación, atravesaron con los caballos el foso, saltaron el vallado, dieron muerte á los centinelas antes de que se apercibieran y pasando por el campo enemigo, fueron de ciudad en ciudad, pidiendo auxilio con la rama de olivo. Todas las poblaciones les contestaron que no se atrevían á malquistarse con Roma, y en la de Lutia, donde la juventud se amotinó y resolvió acudir en su socorro, los ancianos lo comunicaron á Escipión quien, acudiendo presuroso con tropas, pidió la entrega de los jóvenes y en castigo de esto hizo cortarles inhumanamente las manos. Estrechados pues los Numantinos y encerrados en el recinto de las murallas, llegaron al triste caso de alimentarse de la carne de los cadáveres por falta de víveres; mas

como este alimento no les gustara, tomaron desesperados la resolución de incendiar la ciudad y arrojarse á las llamas. Esto dicen que sucedió, la mayor parte de los historiadores; mas Apiano lo refiere de otro modo: y cuenta que, llegados al extremo apuro de alimentarse de los cadáveres, se presentaron á Escipión ofreciendo la entrega de la ciudad, y pidiendo nada más el tiempo suficiente para matarse unos doscientos ciudadanos que no querían sobrevivir á la ruina de su patria, única gracia que se les concedió, y previo el depósito de las armas en un sitio señalado, Escipión se apoderó de la ciudad la que arrasó por completo hasta los cimientos, repartiendo sus habitantes en las ciudades vecinas y quedándose con unos cuantos guerreros para celebrar en Roma su triunfo (1). Por esta triste gloria Escipión recibió el nombre de Numantino como había recibido el de Africano por la rendición de Cartago.

Pocos años después (noventa y seis antes de J. C.), los Arévacos y Celtíberos enarbolaron el estandarte de la independencia, protestando todos á la vez, dirigidos por los de Termancia. Era ya tarde; otra cosa hubiera sucedido si lo hicieran cuando Retógenes pedía socorro en nombre de los abandonados numantinos: el Cónsul Didio, tan insensible y cruel como Escipión y tan pérfido y maligno como Galba, sofocó la sublevación con sangre, y conseguida por segunda vez la sumisión, destruyó á Lutia y á Segeda, pues que ya no las vemos aparecer; y con Termancia ejecutó un castigo, cual fué arrasarla y ordenar á sus habitantes que se establecieran en los pueblos inmediatos, consintiendo nada más á unos pocos el que edificaran nuevas moradas en el llano, un poco más abajo; para que en adelante no

(1) Horroroso era el aspecto que los numantinos presentaban cuando se entregaron á Escipión: extenuados y enfermos, los vestidos cayéndose á pedazos, cubiertos de laceria, con el pelo y la barba crecidos, más que seres humanos parecían espectros ó animales feroces; en sus ojos centelleantes se marcaba de tal manera el sufrimiento que, á la vez que el espanto, excitaban la compasión á los mismos romanos.

pudiesen hacerse fuertes ni por la posición ni por el número.

Asegurada ya la dominación de la República, volvieron á poblarse las ciudades arrasadas con nuevos moradores, ya del mismo país, ya venidos de Roma en forma de colonias militares y civiles. Así, no obstante lo dispuesto en Termancia por Didio, la población creció y fué, tal vez muy pronto, mayor que había sido antes de la conquista; y la misma Numancia se reedificó también en su sitio, si es que Escipión la dejó como se cuenta por completo arrasada; que, aunque cruel y tiránica, la dominación no fué tan dura como la conquista.

Con la venida y alzamiento de Sertorio, á quien el Senado declaró rebelde, los Celtíberos tuvieron, como suele decirse, unos momentos de reposo: las poblaciones todas se declararon por él, excepto la que después fué Augustobriga, que permaneció fiel al partido de Sila; y mientras tanto unas y otras gozaron de la deseada independencia; pero muerto Sertorio, pagaron muchas caro el apoyo que le habían prestado: la ciudad nueva de Termancia se entregó sumisamente y al fin fué perdonada; pero Uxama, por resistirse, fué atacada por de pronto y destruída.

El sol de la libertad, á pesar de todo, amaneció para España y por lo tanto para la Celtiberia, el día en que, reproducida la guerra civil en Roma, se disputaron el mando los Triunviros, y el afortunado César derrotó á las tropas de Pompeyo en los campos de Munda. Este inició una política de tolerancia que preparó la independencia é igualdad que á todos concedieron Augusto y los demás emperadores. Con esta tolerancia se olvidaron los agravios y la tiranía de la República, y los españoles adoptaron las leyes, las costumbres, los trajes y la lengua de Roma, olvidando la propia. Entonces debió ser cuando Termancia se engrandeció hasta el punto que revelan sus ruinas; entonces, sino antes, se reedificaron también la ciudad de Numancia y Uxama, destruída por las tropas de Pompeyo, llegando á ser ésta la primera ciudad de la provincia, como lo demuestran sus

restos. Aquí ya se confunde la historia de la provincia con la de España toda, y ningún suceso político se ofrece que reseñar hasta después de la invasión de los Bárbaros del Norte.

V

Al llegar al período visigodo, nuestros cronistas (1), apoyados en historias particulares de las religiones ó conventos, en la tradición y en la etimología de algunas palabras, tejen una historia detallada que, por lo bien que la acomodan á los sucesos generales, parece verdadera, pero que debe tenerse por muy dudosa.

Dicen estos cronistas que la provincia de Soria fué siempre de los Suevos hasta que la sujetó Leovigildo al imperio visigodo; que éstos, convertidos al cristianismo pero contaminados con la herejía desde la invasión de Teodorico que dió á su rey aliado por esposa una parienta suya, recibieron dóciles las predicaciones de san Saturio y san Prudencio; con lo que el país gozó de tranquilidad y sosiego, ligeramente interrumpido por algunas cuestiones ó disputas populares entre católicos y herejes, como la que tuvo lugar en Agreda, donde dieron muerte á Placidiano, hereje priscilianista. Adoptada por los Suevos su tradicional costumbre de tener á la vez dos reyes, para que nunca estuviera el trono vacante, siguióse como era consiguiente el establecimiento de dos cortes, una de las cuales fué la ciudad de Soria, como punto más á propósito para el objeto por su posición estratégica é inmediata á la frontera de los romano-visigodos, á quienes tenían continuamente enfrente y preparados para la defensa.

(1) Don Francisco Mosquera en su *Numantina*, poema épico ilustrado con comentarios. Y D. Pedro Tutor y Malo en su *Historia de las dos Numancias*.

Á este fin engrandecieron esta población y le dieron su propio nombre de Suevaria ó Savaria, del que se deriva Soria, nombre que se extendió á toda la comarca. Los reyes Miro (Teodomiro y Miro), católicos puros, pues los demás habían sido indistintamente unos católicos y otros arrianos, vivieron en Soria como todos y dejaron como recuerdos la iglesia, hoy ermita de Nuestra Señora del Mirón, y el priorato de Nuestra Señora del Mercado ó de la Blanca, bajo la regla de San Benito, casa érigida por el rey Teodomiro que, como es sabido, protegió la fundación de muchos conventos. El rey godo Leovigildo, antes de subir al trono, manifestó su intento de someter bajo su yugo toda la península é imponer la herejía arriana (570 á 583) por lo que los católicos todos se declararon contra él, y el rey Miro, movido por el instinto de conservación y por su celo en pro de la religión católica, se declaró partidario de su hijo rebelde san Hermenegildo y penetró con sus tropas en la comarca de Zaragoza, perteneciente ya al reino visigodo.

Leovigildo acudió por este lado como por todas partes al peligro y sofocó la sublevación con sangre, atropellando por todo y rechazando á los Suevos, sin darles tiempo para defenderse, hasta la ciudad de Lugo. Soria, como era natural, fué la primera que Leovigildo arrasó y destruyó casi del todo, como lo hizo con Logroño en la Rioja. Por fin, afortunadamente, aunque el reino suevo desapareció, el sucesor de Leovigildo, su hijo Recaredo, se hizo católico y convirtió en protección la persecución de su padre, restaurando las ciudades arrasadas, por lo que Agreda y Soria se repusieron de los desastres sufridos, levantando nuevas iglesias y volviendo á su primer engrandecimiento. Narración es ésta en la que ponen mucho de su parte los cronistas de Soria.

Los historiadores de más crédito convienen todos en que los Suevos tenían el sistema de la doble monarquía, pero ninguno dice que Soria fuera una de sus dos Cortes: citan la Suevaria ó Savaria como sometida por el monarca godo Leovigildo, pero